

MARTIN 6 FIERRO

1834 • En el centenario

de José Hernández • 1934

EL GAUCHO TRABAJADOR Y CANTOR TAMBIEN TENIA QUE SABER PELEAR

CINCO veces tiene que pelear Martín Fierro: con un indio la primera, con un negro la segunda, con un gaucho malo la tercera, con la partida la cuarta, con otro indio la quinta. En todas ellas es el gaucho vivo, nunca sorprendido sin alguna defensa, aunque no sea más que una defensa instintiva; siempre alerta, ojo avizor y más rápido que el pensamiento.

La primera vez, Fierro se halla defendiendo de los ataques de los indios la frontera; al encontrarse en una ocasión los dos bandos en pugna, la indiada, merced a su superioridad numérica y a su capacidad combativa, pone en dispersión a los soldados; Fierro huye con sus compañeros (C. III^o); en eso,

vino un indio echando espuma y con la lanza en la mano gritando: ¡Acabau, cristiano, metau el lanza hasta el pluma!

Desató las tres marías y lo engatusé a cabriolas...

hasta que al fin de un bolazo del caballo lo bajé.

Ay no más me tiré al suelo y lo pisé en las paletas; empecé a hacer morisquetas y a mezquinar la garganta. Pero yo hice la obra santa de hacerlo ostirar la jeta. (C. III^o).

Como se ve, frente a la furia del indio, el gaucho apela a la picardía y vence: lo engatusa a cabriolas, esquivo así la lanza y, al mismo tiempo, prepara el golpe decisivo de las boleadoras, que no matan al adversario, pero lo voltean, dejándolo indefenso; luego, apenas halla resistencia en él para degollarlo. Observemos, de paso, lo impresionante de la referencia de esos versos "empecé a hacer morisquetas/y a mezquinar la garganta": ¡cómo se ve al indio defendiendo su vida aun en la postración!

La segunda pelea es la del negro, a quien, en realidad, Fierro provoca. Tenemos aquí ocasión de ver al gaucho decidido sin duda alguna para utilizar en la pelea los medios a su alcance: un golpe en la cabeza con el porrón que tiene a mano, es lo primero que le aplica a su contrincante.

Concluimos en este número la publicación de los trabajos sobre la figura de Martín Fierro ejecutados por los alumnos del profesor José Gabriel en el curso de literatura de 4^o año (1^a y 2^a divisiones) del Colegio de la Universidad Nacional de La Plata, cuyo rectorado costea la publicación.

Clisés donados por "EL DIA" de La Plata. Impresores, ZANETTA Hnos., calle 8 número 820, La Plata, Buenos Aires.

También lo vemos precavido, puesto que, para evitar una rodada o un tropezón, que podrían ser funestos, se saca las espuelas. El negro, "que no era de arriar con las riendas", es el que atropella; Fierro, con su facón con S, de lima de acero, le hace un tiro, y como el negro, quitándolo, se le viene al humo, le asesta un planazo que lo tumba: no ha querido herirlo mal, solamente eliminarlo de la lucha. Pero el



moreno se enfurece y volviendo a la carga logra herirle en el rostro. Esto conduce la riña al extremo a que Fierro no la quiso conducir: un gaucho herido en la cara no puede perdonar. Fierro se enardece a su vez y, en una topada, alza a su contendiente en la punta del cuchillo (C. VII^o).

Fierro se amolda a todas las circunstancias y al juego de todos los adversarios; no encuentra dificultad en cambiar de táctica si la ocasión lo aconseja. Esto lo demuestra peleando con un gaucho guapo y logrero que lo provoca. Como el hombre es ligero, Fierro tiene que serlo más. Lo es, y sin darle tiempo a su adversario para medir las distancias ni para estudiarle el juego, lo elimina de un revés de facón (C. VIII^o).

La cuarta pelea es bastante más brava, nada menos que con la partida; la pelea clásica, diríamos así, de los gauchos. Los adversarios no son pocos y están bien armados; Fierro tiene, pues, que desplegar todos sus recursos, toda su técnica, toda su viveza. Por lo pronto, se prepara debidamente: al convencerse de la inevitabilidad de la gresca (no quiere huir), se santigua, besa el porrón, se saca las escuelas otra vez, "para no peliar con grillos", se remanga el calzoncillo, se ajusta la faja y prueba en una mata el filo del facón; en seguida, ata al pasto el pingo, le ajusta la cincha y hace espaldas en él esperando al enemigo. Los pelos se le erizan, pero no ha de achicarse a sus perseguidores. Conforme se ve rodeado, se encomienda a los santos y echa mano al cuchillo. Sueña un tiro de carabina, pero como el tirador yerra, lo atropella y lo mata. Uno menos. A otro

que preparaba una bola, le entra, le hace sentir el fierro y lo pone en fuga. Dos. Los restantes cargan en montón; Fierro los deja que carguen así, sin desgranarlos, porque en montón se estorban unos a otros. Pero dos se separan al fin y lo atacan sueltos; el gaucho recula, al tiempo que deja que su poncho arrastre; pisa el poncho uno de los policías "medio chapetón", tira Fierro y lo larga de espaldas; el otro, al verse solo, se sofrena y por último tiene que huir. Se le va encima uno más: dos tiros certeros lo sacan aullando. Viene "coloriando el alba"; el gaucho se reanima, hace promesa de bondad a la Virgen si lo saca en salvo y se arroja entre todos, "echo ovillo"; después de jugarle por el suelo a una junta la punta del facón, le echa tierra en los ojos a otro "engolosinao" y mientras el hombre se refriega, lo voltea de un revés. En eso, siente las cosquillas de un sable: la sangre se le hiela, pero reacciona "sobre el pucho" y ya no quiere conceder tregua: al primero que topa lo embiste, le hace pisar un hoyo y lo ultima. Es el momento en que Cruz, sargento de la partida, tocado por la valentía de Fierro pega el grito de rebeldía y se pasa al perseguido. Entre dos, la pelea "era robo" (C. IX^o).

Finalmente, la pelea con el indio, en medio del desierto, ante el cadáver deshecho de una criaturita y teniendo por espectadora a una mujer adolorida. El contrincante es bravísimo; posee también mil mañas, gran fuerza e infinito coraje; además, está en su pago. Pero Fierro no es menos, y ayudado por la suerte, vuelve a vencer. La descripción de esta pelea es seguramente el trozo más épico del poema:

Yo no sé lo que pasó en mi pecho en este instante. Estaba el indio arrogante con una cara feroz: para entendernos los dos la mirada fué bastante.

Pegó un brinco como gato y me ganó la distancia; aprovechó esa ganancia como fiera cazadora: desató las boliadoras y aguardó con vigilancia.

Y como el tiempo pasaba y aquel asunto me urgía, viendo que él no se movía, me fui medio de soslayo como a agarrarle el caballo, a ver si se me venía.

Así fue, no aguardó más, y me atropelló el salvaje.

En la dentrada no más me largó un par de bolazos. Uno me tocó en un brazo: si me da bien, me lo quiebra, pues las bolas son de piedra y vienen como balazo.

A la primer puñalada el pampa se hizo un ovillo: era el salvaje más pillo que he visto en mis correrías...

Las bolas las manejaba aquel bruto con destreza,

las recogía con presteza y me las volvía a largar, haciendome las silbar arriba de la cabeza.

Me sucedió una desgracia en aquel perance amargo: en momentos que lo cargo y que él reculando va, me enredé en el chiripá y caí tirao a lo largo.

Ni pa encomendarme a Dios tiempo el salvaje me dió: cuanto en el suelo me vió me saltó con ligereza: juntito de la cabeza el bolazo retumbó. (C. 9^o).

Pero la desdichada espectadora hace fuerzas de coraje y le da un empujón al indio.

En cuanto me enderecé, nos volvimos a topar. No se podía descansar y me chorriaba el sudor. En un apuro mayor jamás me he vuelto a encontrar.

Tampoco yo le daba alce, como deben suponer. Se había aumentao mi quehacer para impedir que el brutazo le pegara algún bolazo, de rabia, a aquella mujer.

Al fin le corté una soga y lo empecé a aventajar. Me hizo sonar las costillas de un bolazo aquei maldito, y al tiempo que le di un grito y le dentro como bala, pisa el indio y se refala en el cuerpo del chiquito.

En cuanto trastabillé, más de firme lo cargué, y aunque de nuevo hizo pie le perdí aquella pisada, pues en esa atropellada en dos partes lo corté.

En una nueva dentrada le pegué un golpe sentido, y al verse ya mal herido, aquel indio furibundo lanzó un terrible alarido que retumbo como un ruido si se sacudiera el mundo. (C. 9^o).



He ahí, sin duda, un hombre valiente y dueño de la técnica de la valentía. No es menos valiente —y el que él lo confiese subraya la grandeza de su alma— porque la fortuna lo favorezca alguna vez. Considerar merecida la buena y la mala fortuna es también propio de valientes.

César R. MENDIBERRY
Rubén Darío CESAR - Pablo del Rivero
Carlos J. Temperley
Mario Ibáñez
Gorostiaga - Mario Vera
Tapia - José A. Villa Abri-
lle - Joaquín Barneda.

EL PAYADOR

EN realidad, todo el poema es una payada, pues se supone que Martín Fierro se halla, primero ante una reunión, luego ante otra, y relata en verso cantado, "al compás de la vigüela". su vida; pero la payada por excelencia es la de contrapunto, y por eso el pasaje perrinente del poema es aquel del canto 30º en que pagan de contrapunto Fierro y el negro cantor.

Como vemos aquí, en el contrapunto los payadores no se limitaban a hacerse preguntas, sino que se referían también, directa o indirectamente, con más o menos malicia, a cosas personales de ellos mismos o de los circunstantes o de personajes conocidos por todos; a veces se burlaban uno de otro y hasta llegaban a insultarse y a reñir.

Fierro, al comenzar la payada, llama negro a su contendor y le pregunta cuál es el canto del cielo; el moreno no responde en seguida a esta pregunta, sino que se descarga antes del reproche de su negrura haciendo notar que pinta el blanco negro al diablo y el negro blanco lo pinta. Blanca la cara o retinta, no habla en contra ni en favor: de los hombres el Criador no hizo dos clases distintas.

Luego, da la respuesta pedida: Los cielos lloran y cantan hasta en el mayor silencio; lloran al cair el rocío, cantan al silbar los vientos, lloran cuando caen las agnas, cantan cuando brama el trueno.

Fierro tiene que volver a preguntar; pero ¿cómo hacerlo sin antes retrucar al negro en la otra cuestión, aparentemente marginal, en lo de la procedencia y significación de los colores humanos?

Dios hizo al blanco y al negro sin declarar los mejores; les mandó iguales dolores bajo de una misma cruz; mas también hizo la luz pa distinguir los colores.

Y entonces formula su segunda pregunta: cuál es el canto de la tierra, que ya el negro satisface más directamente, aunque explicando que si no le aterra su ignorancia es porque

también da chispas la piedra si la golpea el eslabón.

Según el locuaz negro,

Forman un canto en la tierra el dolor de tanta madre, el gemir de los que mueren y el llorar de los que nacen.

Empezó Fierro con mal disimulado desdén por el moreno; pero ya advierte que trae "bien dispuesta la garganta", si bien no le asombra, pues ve que es varón, y

en los pájaros cantores sólo el macho es el que canta.

¡Otra salvedad del negro!:

A los pájaros cantores ninguno imitar pretiende. De un don que de otro depende naides se debe alabar, pues la urraca aprende hablar, pero sólo la hembra aprende.

Y ya puede responder a la tercera pregunta de Fierro: cuál es el canto del mar:

Quando la tormenta brama, el mar, que todo lo encierra, canta de un modo que aterra, como si el mundo temblara; parece que se quejara de que lo estreche la tierra.

¡Parece avisado, decididamente, el moreno! Pero ha de mostrar ahora toda su sabiduría, di-

ciendo cuál es el canto de la noche. Y como Fierro le previene que cree que ganará sólo que esté "en vaca con algún santo", responde otra vez con la oportuna salvedad:

No galope, que hay aujeros, le dijo a un guapo un prudente. Le contesto humildemente: la noche por cantos tiene esos ruidos que uno siento sin saber por dónde vienen.

Son los secretos misterios que las tinieblas esconden; son los ecos que responden a la voz del que da un grito, como un lamento infinito que viene no sé de dónde.

La respuesta requerida está dada; pero el negro —lo había sospechado Fierro desde el empezar— trae un entripado y comienza a largarlo: agrega, pues, que por la noche

en distintas direcciones se oyen rumores inciertos: son almas de los que han muerto, que nos piden oraciones.

Fierro corcovea al instante:

Moreno, por tus respuestas ya te aplico el cartabón, pues tenés desposición y sos estruido de yapa. Ni las sombras se te escapan para dar explicación.

Pero cumple su deber el leal diciendo lo cierto, y por lo tanto te alvierto que hemos de cantar los dos, dejando en la paz de Dios las almas de los que han muerto.

Diga, pues, el negro de dónde nace el amor:

A pregunta tan oscura trataré de responder, aunque es mucho pretender de un pobre negro de estancia; mas conocer su ignorancia es principio del saber.

¿Se ha achicado el negrito? Indudablemente: ha visto demasiado resuelto a su contrincante, para insistir en la alusión funeraria. Aunque momentáneamente, se hace, por lo tanto, el sonso, y habiendo protestado una vez más su humildad, dice:

Ama el pájaro en los aires que cruza por donde quiera, y si al fin de su carrera se asienta en alguna rama, con su alegre canto llama a su amante compañera.

La fiera ama en su guarida, de la que es rey y señor; allí lanza con furor esos bramidos que espantan, porque las fieras no cantan, las fieras braman de amor.

Ama en el fondo del mar el pez de lindo color; ama el hombre con ardor, ama todo cuanto vive. De Dios vida se recibe, y donde hay vida hay amor.

Acaso contento por ver al negro entrar en vereda, sin duda admirado de su ingenio, Fierro no puede dejar de alabar con mayor resolución que hasta aquí al dirigirle su última pregunta:

Me gusta, negro ladino, lo que acabás de explicar. Ya te empiezo a respetar, aunque al principio me rey, y te quiero preguntar lo que entendés por la ley.

Vuelve el negro a expresar su modestia —"Yo no soy cantor ladino/y mi habilidad es muy poca"— y responde que "la ley se hace para todos,/mas sólo al pobre lo rige", que "es tela de araña", que es "como la lluvia:/nunca puede ser pareja", que, como el cuchillo, "no ofiende a quien lo maneja", que "le cai al que se halla abajo/y corta sin ver a quién", en fin:

Hay muchos que son doctores, y de su ciencia no dudo; mas yo soy un negro rudo, y aunque de esto poco entiendo, estoy diariamente viendo que aplican la del embudo.

Fierro será suspicaz, puede incluso llegar a ser despectivo y camorrero; pero siempre de primera intención: déjenlo reflexionar y no negará a nadie la verdad que se merece. Por eso, en hermosa figura, le dice al negro:

Y hace honor a la verdad quien a la verdad se dñebla, que sos por juera tinieblas y por dentro claridá.

Y se pone a su disposición para que lo interroge a su vez.

El negro, pasando de la apretada condición de examinando a la más holgada de examinador, pregunta a Fierro

sobre el tiempo y la medida, el peso y la cantidad.

¿Preguntas eruditas? Nada de eso: el gaucho más ignorante (ignorante según nuestros conceptos



académicos, no según sus conceptos vitales) hacía gala de plantear y resolver en las payadas los problemas aparentemente más abstractos y más cultos, en el estilo de los que aquí plantea el negro payador. Por lo demás, aunque la verdad histórica pudiese ser dudosa en el caso, la verdad psicológica es indudable, dado que, según veremos en seguida, las respuestas de Fierro a tan intrincadas preguntas —algunas de las más arduas de toda la filosofía— son las respuestas de un gaucho semianalfabeto o analfabeto derechamente, pero con un certero y hondo sentido de la vida. En efecto, después de observar con insuperable grafismo que el moreno se deja caer "como carancho en su nido", dice Fierro, respondiendo a cada una de las preguntas formuladas:

Uno es el Sol, uno el mundo, sola y única es la Luna. Así, han de saber que Dios no crió cantidad ninguna. El ser de todos los seres sólo formó la unidá: lo demás lo ha criado el hombre después que aprendió a contar.

La medida la inventó el hombre para bien suyo. Y la razón no te asombre, pues es fácil presumir: Dios no tenía que medir sino la vida del hombre.

Dios guarda entre sus secretos el secreto que eso encierra,

y mandó que todo peso cayera siempre a la tierra; y según comprendo yo, dende que hay bienes y males, fue el peso para pesar las culpas de los mortales.

Moreno, voy a decir según mi saber alcanza: el tiempo sólo es tardanza de lo que está por venir; no tuvo nunca principio ni jamás acabará,

porque el tiempo es una rueda, y rueda es eternidá; y si el hombre lo divide sólo lo hace, en mi sentir, por saber lo que ha vivido o le resta por vivir.

Las formidables respuestas de Fierro (¿qué filosofía ha superado la referente al tiempo?) están dadas directamente, como que Fierro tiene menos vueltas que el negro, personaje más humilde y por eso más afecto a los rodeos también; y conforme las ha dado, invita al otro a cantar "sobre cosas de la estancia", empezando por decir lo que emprende

el que del tiempo depende en los meses que train erre.

Y aquí se picó el negro:

He declarao que en leturas soy redondo como jota. No avergüenoe mi redota, pues con claridá le digo: no me gusta que conmigo naides juegue a la pelota.

Le parece al negro que es cachadora o abusiva la nueva pregunta de Fierro, y por eso se retoba. Renuncia, pues, a responderle, aun cuando eso signifique su fracaso, y descubre que es uno de los diez hermanos negros cuyo primero

murió, por injustos modos, a manos de un pendenciero.

Y si otra ocasión payamos para que esto se complete, por mucho que lo respete cantaremos, si le gusta, sobre las muertes injustas que algunos hombres cometen.

No se había equivocado Fierro en sus sospechas: tiene delante a un hermano de aquel negro que mató en el baile:

Al fin cerrastes el pico después de tanto charlar. Ya empezaba a maliciar, al verte tan entonaao, que traías un embuchao y no lo querías largar.

¡Basta, pues, de conversación! Sabe Fierro que otra clase de función empieza y tampoco la rehuye. Felizmente, los circunstantes se interponen, y así concluye la formidable payada, yéndose en seguida Martín Fierro y sus hijos "paso a paso,/como el que miedo no lleva".

Luis Eduardo ARIGOS
Francisco M. MASSANO -
M. Fernández de la Puenta - Tomás Bruno - Roberto Dorado - Nazareno Sorgentini - Antonio Cerati
Carlos A. Grillo.

Nuestra imagen

EN la Argentina sucede precisamente ahora, ante nuestros ojos, lo que en Europa se produjo en tiempos legendarios. Cuando esto escribimos, hace justamente medio siglo que José Hernández compuso su "Martín Fierro". Hoy, este relato de la vida de los gauchos ha llegado a ser epopeya nacional. Todo inmigrante se abandona a su ambiente anímico y aprende en ella los valores esenciales de su nueva patria. Nada importa que el gaucho exaltado en tal poema se haya extinguido ya, ni siquiera la figura del gaucho en general. El gaucho encarna, como modelo, en forma arcaica, la imagen anímica que de sí mismo entraña el argentino en formación; imagen que es al mismo tiempo, para él, su ideal futuro. Así, este hombre concreto, de una sangre cualquiera, se crea y se plasma a sí mismo a imagen del héroe que toma por modelo, exactamente como el Señor creó al hombre a su imagen.

(De las "Meditaciones Suramericanas" del Conde de Keyserling, traducción especial de Luis López-Ballesteros y De Torres.)

NARRADOR

CASI todo "Martín Fierro" es una narración; pero, aparte de que contiene trozos descriptivos, reflexivos y líricos, en la narración misma unos pasajes, naturalmente, sobresalen de otros. Tal vez los principales sean los que tratan de riñas y más particularmente el del canto 9º en que Fierro relata su pelea con un indio feroz en el desierto. Pero estos trozos quedan transcriptos en el capítulo dedicado a Martín Fierro peleador, así que nos fijaremos en algún otro que, por lo menos, ofrezca la típica narración gaucha, es decir, la transmisión de un hecho cualquiera por vía de la mentalidad peculiar del gaucho, sin que se desvirtúen ni el gaucho ni el hecho, conforme al clásico ejemplo del "Fausto" de Del Campo, verbi-gracia:

Cantando estaba una vez en una gran diversión, y aprovechó la ocasión como quiso el juez de paz: se presentó, y ay no más hizo una arriada en montón.

Allí un gringo con un órgano y una mona que bailaba haciendónos rair estaba cuando le tocó el arreo. ¡Tan grande el gringo y tan feo! ¡Lo viera cómo lloraba!

Hasta un inglés zangiador que decía en la última guerra que él era de Inca-la-perra y que no quería servir, tuvo también que juir a guarecerse en la sierra. (C. IIIº).

O aquel otro en que Fierro expone la trágica vida de la cautiva entre los indios (C. 8º). O bien este otro, referente al regreso de Fierro a sus pagos, después de la larga ausencia en el desierto:

Y mientras que tomo un trago pa refrescar el garguero, y mientras tiempla el muchacho y prepara su instrumento, les contaré de qué modo tuvo lugar el encuentro. (C. 11º).

En trance de franco gracejo dialéctico, he aquí tres relatos expresivos:

Yo me arrecosté a un horcón dando tiempo a que pagaran, y poniendo güena cara estuve haciendomé el poyo, a esperar que me llamaran para recibir mi boyo.

Pero ay me pude quedar pegao pa siempre al horcón: ya era casi la oración y ninguno me llamaba. La cosa se me fublaba y me dentró comezón.

Pa sacarme el entripao vi al mayor, y lo fi a hablar. Yo me le empecé a atracar, y como con poca gana le dije: —Talvez mañana acabarán de pagar—.

—¡Qué mañana ni otro día!— al punto me contestó—. La paga ya se acabó, siempre has de ser animal—. Me rai y le dije: —Yo... no he recibido ni un rial—.

Se le pusieron los ojos que se le querían salir, y ay no más volvió a decir, comiendomé con la vista: —Y ¡qué querés recibir si no has dentrao en la lista?—

Esto sí que es amolar —dije yo pa mis adentros—. Van dos años que me encuentro, y hasta aura he visto ni un grullo; dentro en todos los barullos, pero en las listas no dentro (C. IVº).

...dentrando una noche yo al fortín, un enganchao que estaba medio mamao allí me desconoció. Era un gringo tan bozal, que nada se le entendía. ¡Quién sabe de ande sería!

Talvez no juera cristiano, pues lo único que decía es que era pa-po-litano.

Estaba de centinela, y por causa del peludo verme más claro no pudo y esa fué la culpa toda: el bruto se asustó al fudo y fi el pavo de la boda.

Cuando me vido acercar: —¡Quién vívora? — preguntó; —¡Qué vívoras! — dije yo; —Ha garto — me pegó el grito, y yo dije despacito: —Más lagarto serás vos.

Ay no más, ¡Cristo me valga!, rastrillar el jusil siento; me agaché, y en el momento el bruto me largó un chumbo: mamao, me tiró sin rumbo, que si no, no cuento el cuento. (C. Vº).

..... Como nunca, en la ocasión por peliar me dió la tranca,

y la emprendí con un negro que trujo una negra en ancas.

Al ver llegar la morena, que no hacía caso de naides, le dije con la mamúa: —Va...ca...yendo gente al baile—.

La negra entendió la cosa y no tardó en contestarme, mirandomé como a perro: —Más vaca será su madre—.

Y dentró al baile muy tiesa, con más cola que una zorra, haciendo blanquiar los dientes lo mesmo que mazamorra.

—Negra linda —dije yo—. Me gusta... pa la carona... (C. VIIº).

Pero quizás la muestra más elocuente que puede darse de la narración de Martín Fierro (narración que comprende a la vez la descripción, el comentario y el lirismo de mejor calidad) sea esta sextilla del canto 6º, en que se trata de la peste entre los indios:



Había un gringuito cautivo que siempre hablaba del barco, y lo augaron en un charco por causante de la peste. Tenía los ojos celestes como potrillito zarco.

Miguel ZUCCHERINO - Carlos Mario AMBROSETTI - Roberto Rubio Eduardo Santibañes - Teodoro A. Paladino - Rodolfo J. Lilli - Angel Esteban Rusconi - Ricardo J. Laburú

DESCRIPTOR

EL personaje de Hernández es un descriptor eximio, y acaso en donde culmina su genio como tal es en la evocación de la vieja estancia pampeana, trozo que por otra parte puede considerarse una de las más puras y hermosas églogas de la literatura universal. Con un mínimo de palabras y una vastedad de imaginación semejante a la pampa misma, Fierro hace desfilar ante nuestros ojos asombrados la antigua estancia argentina, con sus cosas auténticas, con sus gauchos verdaderos, no con esos muñecos convencionales de los libros sin autoridad; la vida estanciera aparece desde el amanecer, cuando los animales despiertan y se mueven y el gaucho va al fogón a cebarse unos "verdes" mientras su mujer duerme; y sigue desarrollándose plena, enrusiasta, como un torneo, como una "junción", hasta la hora en que, "con el buche bien lleno/era cosa superior/irse en brazos del amor/a dormir como la gente" (c. IIº).

Martín Fierro, corrido por las injusticias de los suyos, huye al desierto, a vivir con los indios, donde espera hallar más justicia. Desgraciadamente, tampoco entre los indios encuentra el trato simplemente humano, y tiene que volver a su tierra, que al fin es su tierra. Cuando está de regreso evoca la vida india, y entonces vuelve a mostrar su genio descriptivo al detallar los parlamentos y demás preparativos para un malón (C. 2º). Viene luego la partida de la indiada para el malón (C. 4º); luego, el retorno y la distribución del botín (C. 5º). Una función tienen los indios en la que interviene la mujer, y es esta:

Hacen un cerco de lanzas, los indios quedan ajuera; dentro la china ligera como yeguada en la trilla y empieza allí la cuadrilla a dar güeltas en la era.

A un lao están los caciques, capitanejos y el trompa, tocando con toda pompa como un toque de fajina; adentro muere la china sin que aquel círculo rompa.

Muchas veces se les oyen a las pobres los quejidos; mas son lamentos perdidos: alrededor del cercao, en el suelo, están mamaos los indios, dando alaridos. Su canto es una palabra, y de ay no salen jamás.

Llevan todas el compás, Ioaká-ioaká repitiendo; me parece estarlas viendo más fieras que Satanás.

Al trote dentro del cerco, sudando, hambrientas, juriotas, desgrefiadas y rotosas, de sol a sol se lo llevan. Bailan aunque truene o llueva, cantando la mesma cosa. (C. 5º).

También describe admirablemente Fierro, con detalle de entendido y sentimiento de poeta, la educación que el indígena da a su caballo, mitad suya en la casi totalidad de su vida; en seguida, huyendo por la llanura, en compañía de la cautiva rescatada, aprovecha la ocasión para describir el cruce del desierto: Todo es cielo y horizonte en inmenso campo verde. (C. 10º).

Y aunque ya no es Martín Fierro quien habla, sino el autor, recordemos la vivísima descripción final, la del momento en que, concluida la payada con el negro, determinan Fierro, sus hijos y Picardía retirarse para evitar pendencia:

Allí pasaron la noche a la luz de las estrellas,

GRAN LIRICO

EN la más pura tradición del romancero español, el poema de Hernández no es narrativo sin ser lírico al mismo tiempo, consistiendo su lirismo en el acento personal de la narración; pero, además, su personaje protagonista interrumpe a menudo la narración o la descripción para introducir efusiones propias que, cuando son meramente discursivas, se quedan en filosofía moral o social, y cuando se apasionan, alcanzan el más elevado lirismo, verbi-gracia:

Nací como nace el peje, en el fondo de la mar; naides me puede quitar aquello que Dios me dió: lo que al mundo truje yo, del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre como el pájaro en el cielo; no hago nido en este suelo, ande hay tanto que sufrir; y naides me ha de seguir cuando yo remonte el vuelo.

Yo no tengo en el amor quien me venga con querellas; como esas aves tan bellas que saltan de rama en rama, yo hago en el trébol mi cama y me cubren las estrellas. (C. Iº).

porque ese es un cortinao que lo halla uno dondequiera, y el gaucho sabe arreglarse como ninguno se arregla. El colchón son las caronas, el lomillo es cabecera, el cojinillo es blandura, y con el poncho a la jerga, para salvar del rocío se cubre hasta la cabeza. Tiene su cuchillo al lado, pues la precaución es buena; freno y rebenque a la mano, y teniendo el pingo cerca, que pa asegurarlo bien la argolla del lazo entierra, aunque el atar con el lazo da del hombre mala idea, se duerme así muy tranquilo todita la noche entera; y si es lejos del camino, como manda la prudencia, más seguro que en su rancho uno ronca a pierna suelta. Pues en el suelo no hay chinches y es una cuja camera que no ocasiona disputas y que naides se la niega. Además de eso, una noche la pasa uno como quiera, y las va pasando todas haciendo la mesma cuenta. Y luego, los pajaritos al aclarar lo despiertan, porque el sueño no lo agarra a quien sin cenar se acuesta (C. 31º).

Mario E. FERRANDO - Armando LARA - Juan C. Muglia - Albino A. Pozzi - Juan Carlos Goycoa - Elías Khaski - José Sister Benito A. Figari.

Del relato y de la descripción participan las dos sextillas siguientes, y sin embargo ambas están impregnadas de lirismo:

Y en esa hora de la tarde en que tuito se adormece, que el mundo dentrar parece a vivir en pura calma, con las tristezas del alma al pajonal enderiece.

Bala el tierno corderito al lao de la blanca oveja, y a la vaca que se aleja llama el ternero amarrao; pero el gaucho desgraciao no tiene a quien dar su queja. (C. IXº).

Sigue Fierro relatando su obligado vagabundaje por la pampa, y vuelve a mezclar en el relato la efusión lírica:

Ansí me hallaba una noche contemplando las estrellas, que le parecen más bellas cuanto uno es más desgraciao, y que Dios las haiga criao para consolarse en ellas. (C. IXº).

Al comenzar su canto, Fierro invocó en su favor a Dios y a "los santos del cielo" (C. Iº); ahora, peleando apurado con la partida, vuelve a apelar a una di-

EL FILOSOFO

LA filosofía de Martín Fierro, además está decirlo, es una filosofía de la experiencia. Casi podría decirse que todas las palabras, todos los actos del personaje en el curso del poema responden a una filosofía, esto es, a una concepción total de la vida; y a una concepción, desde luego, congruente: todos los hombres sustanciales poseen una organización mental férrea.

Sin duda sería muy aleccionador ordenar los actos y las palabras de Martín Fierro según su visible organización íntima. Eso sería exponer la filosofía del personaje, un personaje, no lo dudemos, que mora en lo hondo del alma argentina, quizás del alma americana. Pero nos falta, por el momento, pericia para tan ardua y tan útil labor. Deberemos, pues, conformarnos con señalar algunos indicios cardinales de la doctrina martínfierresca.

Notemos, por lo pronto, la fuerte diferencia que hay entre la actitud social del Martín Fierro de la primera y el de la segunda parte: el de la primera es más rebelde y más activo, el de la segunda más resignado y más razonador. El de la segunda es propiamente el filósofo, por más que el de la anterior abunde también en sentencias. Median de una a otra algunos años, a todas luces los del tránsito de la juventud a la madurez, y Fierro gana en serenidad filosófica lo que pierde en esplendor épica.

Digamos en seguida, que, puesto que se trata de una filosofía de la experiencia, tanto en la primera como en la segunda parte la filosofía de Fierro apunta principalmente a los problemas prácticos inmediatos, a los problemas

que él mismo, Fierro, y sus paisanos o, a lo sumo, su patria, tienen que resolver simplemente para vivir; pero que no por eso carece de mera especulación mental, de problemas teóricos y hasta de los más abstractos que jamás se planteó ninguna filosofía. En efecto, recordemos la payada de Fierro con el moreno, fijemos la atención en las preguntas que el moreno le formula al gaucho, y nos hallaremos de pronto con algunas de las interrogaciones máximas del pensar filosófico en todos los tiempos: qué es el peso, qué es la medida, qué es el tiempo, qué es la cantidad.

¿Acaso el autor se ha burlado de su muñeco poético o le ha adjudicado cargas demasiado pesadas para sus fuerzas? Nada de eso. Se trata, sí, de una situación peliaguda, y no exagera el moreno cuando le anuncia que lo dará por vencedor si le responde satisfactoriamente. Pero veamos la pregunta más enigmática y veamos qué responde a ella el interrogado:

Si responde a esta pregunta tengase por vencedor.
Doy la derecha al mejor
y respondámé al momento:
¿Cuándo formó Dios el tiempo
y porqué lo dividió. (C. 30º).

Moreno, voy a decir
según mi saber alcanza:
el tiempo sólo es tardanza
de lo que está por venir;
no tuvo nunca principio
ni jamás acabará,
porque el tiempo es una rueda,
y rueda es eternidad;
y si el hombre lo divide
sólo lo hace, en mi sentir,
por saber lo que ha vivido
o le resta por vivir. (C. 30º).

Respuesta formidable; no se hallará más sensata ni más aguda en ningún tratado especial de la materia; y sin embargo ¿qué idea, qué término hay en ella que no sean propios de un humilde gaucho, quizás analfabeto, desde luego nada leído, aunque sí muy vivido?

No puede dudarse de la capacidad de abstracción de Martín Fierro. Por eso es tan razonador y hasta, si se quiere, tan rezongón: aspira a que las cosas tengan un sentido, y un sentido recto, según su pensar. Es el perfecto filósofo, el hombre meditativo de la llanura, tal vez demasiado meditativo y, por consiguiente, fácil presa del hombre de acción, mucho menos escrupuloso.

Observemos finalmente: Martín Fierro no es un rebelde sistemático, como se empeñan en mostrarlo, calumniándolo, los que insisten en identificarlo con el simple matrero. ¿Que se alza contra la autoridad pública? Ciertamente; pero después de haber

sido objeto del más bárbaro atropello por parte de esa autoridad; además ¿no llega a decir, aconsejando a sus hijos, que obedezca el que obedece y será bueno el que manda? (C. 32º).



Aquí, en los consejos de Fierro a sus hijos, que constituyen el canto 32º del poema, es donde se halla resumida la filosofía de la madurez del gran gaucho; y en esos consejos, tal vez el que llena la tercera sextilla sea el expresivo de todos. Recordémoslo para terminar:

Hay hombres que de su ciencia
tienen la cabeza llena;
hay sabios de todas menas;
mas digo, sin ser muy ducho:
es mejor que aprender mucho
et aprender cosas buenas.

John W. COOKE Luis
M^a ALVAREZ - Jorge Vera
Tapia Carlos Amor
Alberto A. Tellechea - Oscar
Ochoa - Iván Spinosa -
Guillermo Kutter.

El más argentino

LA verdad es absoluta o relativa, filosófica o literaria. En "Martín Fierro" se refleja la verdad plena en todas sus fases, en todas sus aplicaciones.

"Martín Fierro" es el libro más útil que se ha escrito en verso en

la América porque es el espejo más fiel, el cuadro más acabado de la vida del gaucho, la lección más magistral de moral, el catecismo más sencillo de política y filosofía, el aliciente más poderoso para aprender a leer y la re-

velación más elocuente de la revolución, que principia a incubarse en el espíritu del campesino y que a ella se lanzó inconscientemente y como instrumento de pasiones de caudillos ambiciosos; es el libro que suple a la Biblia, a la novela, a la Constitución y a los volúmenes de ciencia; es la leyenda más popular que aprende de memoria el niño, que la canta el payador, que la murmura el carretero y la lee con deleite la cándida doncella.

Es la poesía más armoniosa, porque en el lirismo debe imperar la sinfonía.

Los versos de "Martín Fierro" son los más perfectamente cantables, porque están expresamente escritos para esa música popular, medio recitativa, medio cantada, al compás de la guitarra.

El octosílabo como metro, es sin duda el más armonioso.

Las estrofas en seis versos se prestan igualmente al canto rítmico, a la rotundidad de los pensamientos, a la variedad de tonos; por eso el gaucho canta esas rapsodias argentinas con interés, entusiasmo, deleite y con pasión, como la expresión legítima de sus creencias, de sus necesidades, esperanzas e ilusiones.

"Martín Fierro" vive en la memoria de todos, y vivirá en las futuras generaciones porque es el poema más argentino.

(Fragmento de los cinco artículos con que P. Subieta comentó en vida de Hernández el "Martín Fierro")

vinidad para salir airoso:

y yo dije: —Si me salva
la Virgen en este apuro,
en adelante le juro
ser más güeno que una malva—. (C. IXº).

Cuando, con la providencial ayuda de Cruz, Fierro vence a la partida policial, tributa honores fúnebres a los muertos y vuelve a acordarse de Dios (C. IXº). Más tarde, después de haber oído la historia lastimera de Cruz, invocará nuevamente a Dios (C. XIIIº).

Y es precisamente en este canto treceno, al decidirse a dejar la tierra cristiana para ir a vivir entre los infieles, cuando Fierro prorrumpe en uno de sus más hermosos arrebatos líricos:

Dios formó lindas las flores,
delicadas como son;
les dió toda perfección
y cuanto él era capaz;
pero al hombre le dió más
cuando le dió el corazón.

Le dió claridá a la luz,
juerza en su carrera al viento,
le dió vida y movimiento
dende el águila al gusano;
pero más le dió al cristiano
al darle el entendimiento.

Y aunque a las aves les dió,
con otras cosas que inoro,
esos piquitos como oro
y un plumaje como tabla,
le dió al hombre más tesoro
al darle una lengua que habla.
Y dende que dió a las fieras
esa juria tan inmensa,
que no hay poder que las venza
ni nada que las asombre,
¡qué menos le daría al hombre

que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos
al darle, malicio yo
que en sus adentros pensó
que el hombre lo precisaba,
pues los bienes igualaba
con las penas que le dió.

Pero ¿qué mucho que Fierro sea tan lírico, si una de sus mayores galas, como gaucho, es cantar? Dice en las primeras palabras del poema:

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela... (C. Iº).

No se pone a narrar, sino a cantar. Y agrega en la misma estrofa:

que al hombre que lo desvela
una pena extraordinaria,
como la ave solitaria
con el cantar se consuela.

Cinco sextillas después:

Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar,
y cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre:
dende el vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar.

No menos de seis veces vuelve el curso de su historia a declarar su afición, su obligación, diríamos, al canto, hasta llegar a esta afirmación absoluta:

Que cante todo viviente
otorgó el Eterno Padre. (C. 1º).

Es verdad que también el poeta primitivo, no meramente lírico, al revés, más bien épico (el aedo, el juglar, etcétera), cantaba, y por cantar entendía narrar, sobre todo; pero el gaucho, si bien reite-

raba la objetividad épica con su afán de canrar las cosas fundamentales, deseaba, además, el lirismo al querer cantar con sentimiento, como nos lo explica cabalmente esta sextilla de los consejos de Fierro a sus hijos:

Procuren, si son cantores,
el cantar con sentimiento,
no tiemplan el estrumento
por sólo el gusto de hablar,
y acostumbrense a cantar
en cosas de jundamento. (C. 32º).

Claro que con semejante criterio, que responde a toda una modalidad espiritual, tenía Fierro que lograr fácilmente este supremo momento lírico, tan lleno de sentido, sin embargo:

En la cruzada hay peligros,
pero ni aun esto me aterra:
yo ruedo sobre la tierra
arrastrao por mi destino,
y si erramos el camino...
no es el primero que lo erra.

Si hemos de salvar o no,
de esto naidés nos responde;
derecho ande el Sol se esconde
tierra adentro hay que tirar;
algún día hemos de llegar...
después sabremos a dónde. (C. XIIIº)

Estos dos versos finales son de la más grande alma lírica.

Jorge M. ARGÜELLO
Pedro R. POZZI Antonio
E. Fondevila Sancet -
Mario G. Anasagasti -
Alfredo Rodrigo - Guillermo
A. Zamboni Fernando
Ruiz.

En La Plata venden sin cobrar comisión este "MARTIN FIERRO" la librería Ateneo, Diag. 80-1012, y la Casa del Libro, 7 y 47.